

Irene

Marian Gómez - Campoy



Capítulo 1

IRENE baila.

La señora Razinger me hace un gesto reprobatorio cuando yo tropiezo de nuevo en ese ballotté. Ya no vuelvo a mirarle directamente a la cara cuando se desencadena la tragedia. Sólo me fijo en que aprieta fuerte los puños cuando el ballet al completo se para en seco. Me la imagino con la boca completamente abierta, como cuando hago los déboulés en punta con las rodillas dobladas, y sus ojos arden sobre mí. De hecho, si me muevo, el aire me trae olor a aliento de tripas revueltas. Decido quedarme en el centro. Descompuesta. Mientras, el público destroza los sillones a patadas y grita en la platea, y el resto de bailarines patizambos tratan de componer de nuevo una escena, que ya no hay por donde retomar. Improvisar es lo único que les queda, pero lo que consiguen es descuadrar y deformar más la alineación, dibujando burlonas composiciones geométricas que a mí me recuerdan formas picassianas. Hasta Alex, el primer bailarín al que seguramente se le ha bajado la sangre a las extremidades inferiores y probablemente todo lo demás, hace juego poniéndose azul-grisáceo.

Por supuesto, tampoco la música sigue el hilo. A Giovanni, el director de orquesta, se le ha colado la batuta en un violoncelo que cuando se golpea suena, con ella dentro, a caja flamenca española y al lado, Sonia la violinista, arranca con las manos acordes de las cuerdas de su instrumento con tal de seguir el compás. La señora Razinger sale a escena tiesa como una rama, caminando con pasos cortos y estudiados y, después de una eternidad, se coloca a mi lado que sigo inmóvil bajo el haz de luz y no hago más movimiento que abrir mucho los ojos y mirar a derecha e izquierda sin perderme ni un detalle. La señora Razinger se gira hacia mí y lejos de hacer o decir nada que me pueda hacer sentir peor, me tiende las manos -me parece extraño en ella- y me anima a continuar con el espectáculo. Al principio parece que mi cuerpo, rígido, no responde. Pero, Giovanni el director de orquesta por fin encuentra su batuta y poco a poco, Sonia la violinista, Peter el del Saxofón y el resto de los músicos arrancan las notas de la escena de la locura, y mis pies comienzan a moverse. A los pocos pasos la escena vuelve a repetirse y no tardo mucho en perder de nuevo el equilibrio y caer. Desde el suelo veo que la primera fila está llena de hombres y mujeres con batas blancas y caras gelatinosas que se deforman y se ríen de mí a carcajadas. Me gritan:

-¡Sal de ahí Irene! ¡A quién quieres engañar!

Señalan con el dedo hacia los laterales de la sala. Unas cajas iluminadas con luces de neón, que casi me ciegan, exponen una radiografía de una

columna vertebral. Torcida y con hierros. La mía. Justo al lado del escenario, de pie, Julen ataviado con gorro y mandil, me insiste mostrándome el contenido, que a esa caja de pollo le faltan al menos seis alitas y cinco muslos para poder darle el pedido al cliente. Clarise la carnicera sonrío, con una minifalda que apenas le cubre el culo, y sin medias y con los pies metidos en un charco de nieve deshecha. Me invita a ir con ella:

-Ven...susurra.

Vomito sobre el escenario cuando el otro dependiente de la carnicería, Jerry, le mete mano bajo la falda y, entre gemido y gemido, eyaculan ristras de salchichas que rodean los pies de los amantes.

Y junto a ellos, muertos de risa Andrey y Sergi, se pelean por ponerse una peluca a lo Barbra Streisand. Entre prueba y prueba se agarran como pueden al manillar de un vagón de metro y casi se caen cuando una voz metálica avisa de golpe que han llegado a Central Station. El reloj de la estación marca las doce. Yo me sacó las puntas de los pies llenos de ampollas y me pongo a remendarlas. Entonces, cuando llega ese momento de paz, es cuando me despierto.

Me llamo Irene y tengo 25 años. Ya no bailo. Sólo finjo que lo hago.

La semana pasada conseguí superar el récord del restaurante. Friendo piezas de pollo. Repito como empleada del mes. Por decimosegunda vez. No me gusta el número 12. Coincide con el número de vértebras que hay en la región dorsal. Las mías se rompieron primero, después se deformaron completamente. Ahora ya no tienen solución.

Julen ha venido directo a mí esta mañana, me ha llevado a su despacho y me ha ofrecido ser encargada. Me he sacado un casco de la oreja derecha y le he contestado:

-Prefiero seguir friendo piezas de pollo si no te importa.

Me hubiera gustado explicarle que el pollo no habla, ni se queja, ni reprocha, ni molesta, pero mientras los sonidos de la entrada del ballet de Giselle en el segundo acto avanzan e inundan el despacho en silencio, él asiente y me anima a salir de allí. Antes de que yo haya llegado a agarrar el pomo de la puerta, Julen me dice:

-Seguir atormentándote, no lleva a nada Irene. Deberías empezar a vivir.

Vivo sola, en el Soho, en Nueva York, en un apartamento de renta antigua. Sin espejos de cuerpo entero. Sólo uno de cara en el cuarto de baño. Mi armario está lleno de maillots y calentadores, de puntas viejas pequeñas y nuevas ya remendadas, de muletas escondidas al fondo del

armario y corsés ortopédicos a mano de quita y pon. De miles de fotos con tutú y CDs rayados con escenas de representaciones de ballet. Al llegar a casa cada tarde, aparco la mochila en el suelo y enciendo la televisión y el DVD con otra edición de Giselle. La he comprado. La del ballet nacional alemán. Me relajo, y desde allí, cerrando los ojos al son de la música, recreo la escena que me sé de memoria, la de la locura, la de mis sueños, y dejo de nuevo que mi mente crea que soy yo la que bailo. Disfruto sintiendo cómo se deslizan mis pies por el escenario, cómo se elevan, cómo gira mi cuerpo, cómo se arquea la espalda, cómo se arquea la espalda...

En el suelo del salón, bajo la barra de ejercicios que ya sólo uso como agarradera para levantarme, hay recortes de periódico con las críticas de la última representación del ballet de Nueva York. La señora Razinger aparece en portada haciendo declaraciones y en otra de las fotos, Andrei sujeta en una pirueta a Anne; una rusa estirada anoréxica hiperhistriónica que ha llegado a primera bailarina a los diecinueve. La odio. Sergi no sale, él nunca sale en los papeles. Yo tampoco.

Los sábados bajo a comprar el periódico, Rosemary, la del quiosco, me guarda todas las revistas de Ballet y cualquier diario en el que pueda aparecer alguna noticia que me pueda interesar. A veces, cuando hace días que no paso por allí me invento que he estado de gira con la compañía. Cuando ve alguna noticia en los medios siempre me pregunta:

-Querida-mostrando los dientes entre los que siempre hay metido un trozo de lechuga-¿cuándo sales tú?

- Pronto, Rosmery -le contesto pensando que igual el trozo de lechuga casi negro lleva ya ahí mucho tiempo- el director me ha prometido un papel más importante para la última obra.

No contenta con la contestación y pensando que la mentira es más fiable cuando es doble, me vuelvo de nuevo hacia ella e insisto:

-No se lo diga a nadie Rosmery. Pero, el año que viene, seré primera bailarina.

Yo me mantengo segura hasta la última letra de la frase aunque me parezca que en el humo del café del Sturbacks en pleno enero esté apareciendo la palabra mentirosa. Sólo Clarise, la carnicera que lleva todas las carnes al aire en cualquier época del año, me increpa a través de los cristales como si oliera desde lejos la chamusquina. Cuando me paro en la verdulería y ella no tiene gente en su tienda, sale a la puerta y se queda apoyada en el marco mientras se come, retadora, una salchicha cruda en tres bocados. La estampa suele provocarme una arcada

inmediata y salgo huyendo de allí tapándome la boca con la mano.

En la tranquilidad de mi apartamento desordenado, releo cuidadosamente cada recorte del Ballet Nacional Americano. Me aprendo los nombres de cada nueva incorporación, del equipo gestor, de los benefactores. Me sé de memoria las fechas de las giras, los estados por los que pasa y si viajan o no a otros países. Las coreografías, los profesores, el equipo técnico, los decoradores. No puede faltar ningún detalle por si me preguntan.

Para cerrar perfectamente el mecanismo de mi mentira voy a los ensayos de la American, al menos una vez al año. Me cuelo por los pasillos vestida de bailarina y husmeo en las aulas cualquier detalle que se me hubiera podido escapar en cualquier otra ocasión. Dejo que la luz me toque a través de los cristales y que las chicas me arrasen con sus tules cuando corren en grupo, los rozo con las manos cuando pasan delante de mí. Miro los cuadros colgados en el pasillo y me quedo con su recuerdo para que cuando vuelva a casa pueda buscarlos en Internet y saber quiénes fueron los pintores y qué representan esas escenas. Tengo que saberlo todo. Cualquier detalle. Si no, Sergi y Andrei podrían descubrir el engaño y contárselo a todos.

El detalle del pantalón azul del celador, que es más listo de lo que parece, viniendo hacia mí, siempre me hace correr escaleras abajo y escabullirme por la puerta de emergencia antes de causar cualquier mal mayor.

Nota: Cambiarme el color de pelo antes de volver una próxima vez.

En el restaurante siempre llevo pantalones, y camisas anchas que no marcan los hierros de mi espalda, y moño bajo la gorra. Lo estiro y peino con brillantina. Sujeto con miles de horquillas que me quito cada noche para volverme a poner a la mañana siguiente. Que no se salga ni un pelo. Trabajo de diez a seis. No como. Carne ni derivados. Nada de proteínas, ni hidratos de carbono, ni salsas, ni azúcares. A la salida del trabajo me cambio, para que nadie pueda verme, sola en el cuarto de baño y salgo rápido, vestida ya de bailarina, hacia el metro. Me doy cuenta en el camino a la entrada de la estación que a veces, incluso en verano, tengo que ocultar los brazos bajo las mangas de mi sudadera. Los froto tanto con jabón, al terminar el trabajo, que es inevitable que me salgan sarpullidos. Incluso así, fuera del KFC, sigo notando el olor a fritanga.

A las seis y veinte estoy en el andén. Me paro siempre cerca del quiosco con los pies en segunda. Hoy es viernes. Los viernes la estación está llena de gente. Me gusta el bullicio. Cuando no hay nada que hacer observas. Si ellos a la par, me miran a mí, extraen sus propias conclusiones. Les ayudo a adivinar con movimientos forzados y poses que parecen no fingidas. El look también ayuda, lo tengo totalmente estudiado. Mallas con calentadores sobre zapatillas y sudadera con cremallera en el centro

abierta quince centímetros. Con quince centímetros se asoma por debajo el maillot que siempre tiene que ser de color negro. A las seis y media Andrey y Sergi bajan corriendo las escaleras. Cuando me ven gritan mi nombre. Se atropellan en la conversación. Cada día volvemos juntos al barrio. Vivimos al lado.

-Uf creíamos que hoy ya no te pillábamos. La Señora Razinger no nos dejaba salir...-ríen

-No importa- digo yo- yo también he salido hoy más tarde del ensayo acabo de llegar.

-Le contamos que estabas ensayando con los del American y puso cara de anguila-ríen

-¿En serio? -sigo la conversación-me hubiera encantado ver su cara.

-Te gusta mi nuevo look reina, pelirrojo natural-dice Andrei, todos ríen.

-Qué envidia nos das...cabrona, a ver cuándo nos enchufas-ellos no ríen ahora. Yo tampoco. En esos momentos sólo pienso en que el final está cada vez más cercano. Menos mal que luego se me olvida y continuo la parodia sin más.

Nos metemos en el tren que llega primero y nos quedamos como siempre pegados a las puertas.

Cuando estamos juntos en el vagón nos encanta poner posturitas y llamar la atención de cualquiera. Andrey y Sergi siempre la de cualquier persona que entre dentro de sus estándares de belleza, fácil por otro lado: tío para Andrey, tía para Sergi. A mí me da igual, no presto atención en eso.

Una niña de unos seis años que se me ha quedado mirando da un pequeño paso para acercarse a mí. Me observa desde abajo colocando los pies en la misma posición que los míos. Intercala. Mira primero hacia arriba, después a mis pies hacia abajo y en tercer lugar a los suyos. También hacia abajo. A mí arriba, a mí abajo, a ella misma hacia abajo. Cambio a primera cuando le ha salido la postura anterior y ella también. De nuevo la misma mecánica, primero a mi cara, después a mis pies y por último a los suyos. Me despierta tanta ternura que le acaricio la cara mientras coloco el pie derecho en punta y ella me tira de uno de los calentadores. Le pregunto inclinándome lo que puedo sin hacer esfuerzos y sentir dolor: ¿Tú también quieres ser bailarina? Su madre le arrastra hacia ella y la niña empieza a llorar. Yo mantengo la postura, sonrío mientras vuelvo a elevarme coqueta y retomo la conversación de mis dos amigos que se han enfrascado en una discusión sobre el cabriolé de Andrei que no ha llegado a los noventa grados y se ha quedado a punto

de conseguirlo.

En Stillwell, un chico, en el que me había fijado durante cinco segundos cuando estaba hablando con la niña, nos empuja para salir y luego se arrepiente. Me fijo en que la chica con la que iba se ha quedado en la estación, la veo con el brazo levantado y pegada al cristal antes de que el tren inicie de nuevo el paso. Él se queda junto a nosotros. Nosotros seguimos a lo nuestro. En la siguiente parada, las puertas se abren y la niña de seis años se baja sin mirarme. La observo desde dentro. Tiene toda su atención puesta en una muñeca de trapo que su madre ha sacado de una mochila minutos antes de bajar. Entonces, el chico de Stillwell se anima a hablarnos y yo escucho por primera vez un acento que me recuerda un poco al de Gael García Bernal en aquella película, cómo se llamaba, Amores Perros. Sergi se anima le invita a tomar algo en el barrio. Cuando las puertas se abren y yo me estoy presentando, él me empuja por la espalda cariñosamente para salir y yo siento un escalofrío. Sólo me relajo cuando después de unos instantes, él se pone a mi lado y sin hacer ninguna referencia a los hierros que acaba de tocar me dice: Mucho gusto Irene, la bailarina y seguimos caminando.